

mundo de más valor para mí es el aprecio de mi Soberana y la estimación de mis compatriotas...»

*Más tarde.* Hoy reunió el conde de Reus á los jefes españoles para darles cuenta de la ruptura de los tratados y de la vuelta que tiene que emprender. No supo muy bien á los que deseaban ganar laureles á poca costa, la determinación de Prim. A mí, aunque me causó regocijo que se hubieran logrado los propósitos de mi mentor Saligny, me pareció bien el gesto de Prim. Habló largamente y con gran calma; dijo que la conducta equivocada de los comisarios franceses le había obligado á romper la coalición; que los franceses tenían propósitos respecto de México, pero que él no les ayudaría porque España estaba resuelta á no ser arrendajo, comitiva ni séquito de nadie; que no deseaba mal á los que se quedaban porque eran excelentes compañeros; pero que estaba seguro no saldrían adelante en sus deseos... En suma, que nadie creería encontrar tan lleno de calma al hombre que ha merecido le llamen rayo de la guerra.

Ahora, que he tratado de este jefe tan discutido, veo que la reputación de hombre violento, ambicioso, duro, cruel y orgulloso que le han formado sus enemigos, es del todo inmerecida: tiene gran talento, instrucción muy variada, es afable, fino, complaciente, de gran ojo en asuntos guerreros y muy hábil en los políticos. En



Hoy reunió el conde de Reus á los jefes españoles...



cuanto á su serenidad y á su calma, baste decir que hombre tan avezado á las luchas y tan intemperante de carácter, logra sobreponerse á su temperamento y hablar tranquilamente de cosas de suyo arriesgadas. Le voy á ver partir con tanta mayor pena, cuanto que me había acostumbrado en estos pocos días al trato y á la compañía de la encantadora Paquita.

¡Cómo ha de ser!

*19 de Abril.* Hoy proclamó Taboada un plan (¡cuándo había de haber sermón sin san Agustín!) proponiendo la presidencia de Almonte, bajo la égida francesa. Toda la patulea que acompaña á Pamuceno, los Haros, los Mirandas, los Samaniegos...

*Más tarde.* Interrumpí la nota anterior para leer un despacho telegráfico que vino de Puebla; después de él, llegaron dos cartas, todo mandado por Jecker, que está en la capital desde hace algunos días en unión del cuñado Elsesser. ¡Qué paso tan triste, qué confusión y qué vergüenza tan grandes! ¡Cómo he llorado, y cómo me he hecho cargos durísimos por mi conducta, que quizás ha traído esta catástrofe impensada!

Jecker me decía:

«*Genie* desapareció ayer; ténese secuestro por gentes gobierno. Alarmadísimo.»



Ya me preparaba á ponerme en camino, exponiéndome á pasar las líneas de los juaristas, que no habrían dejado de querer causarme daño, cuando recibió Paquita un



pliego que le venía dirigido con encargo de entregármelo. Uno de esos papeles era una carta de la niña y decía así:

«Adorada madre: cuando recibas esta carta, ya estaré muy lejos de la casa del señor Olivos, que tan bondadoso

fué con nosotros: hoy me escapé del convento de Santa Brígida, donde estaba en calidad de depósito, y me voy con mi adorado Miguel, que me quiere con toda su alma y que se casará conmigo tan pronto como concluyan los trámites necesarios para que nos consideren unidos Dios y la ley.

»Siento mucho, lo siento de veras, que el primer acto de mi voluntad te cause el bochorno y la pena que es natural; pero lo cierto es que tú eres la única culpable de este paso: nunca me concediste personalidad, nunca me miraste como criatura humana, capaz de sentir goce, dolor, satisfacción ó disgusto, y creíste que con tenerme perpetuamente de traje corto, ibas á tener también con traje corto perpetuo á mis sentidos, á mis potencias y á mi alma toda.

»Ya ves que han despertado un poco antes de lo que te figurabas.

»Ocupada tú en acariciar sueños de tesoros, de política y de posición, no te ocupaste en mí, pues me veías sólo como una muñeca estorbosa que se deja encargada en casa de un amigo ó un pariente; nunca como una persona que necesita afectos, cariño y consideración como elementos indispensables de vida. En todos los meses que estuviste en Europa, sólo me escribiste una vez para recomendarme que me portara bien y que no fuere á destrozár los juguetes que me mandabas: era bien poco



para quien se sentía mujer, y mujer capaz de lo que lo sea la más fogosa.

»No te recrimino, no te dirijo cargos, no te insulto, porque eso no estaría bien en una hija; sólo te doy cuenta de la causa de mi paso. Por otra parte, conozco que no podríamos vivir en lo de adelante como habíamos vivido: tú eres demasiado aristócrata, demasiado extranjerizada, demasiado sabia y estás demasiado metida en política, para que te pudieras avenir á hacer vida común con una pobre que no sabe nada de diplomacia, ni de corte, ni de grandeza, y que quiere á México como te quiere á ti: con toda su alma.

»Miguel sale á defender á su patria, á combatir á los franceses y á procurar echarles de aquí, y yo me marchó á su lado porque estoy segura de que se halla en lo justo. Soy mexicana de corazón, porque estoy recreada en el hogar de los Olivos, donde se venera el nombre de la patria y se procura hacerla dichosa.

»Algún día, quizás, nos encontraremos: tú estarás en el palacio de la capital, rodeada de lujo, entre las gentes de calidad que son tus iguales, admirada, festejada y celebrada; yo viviré harapienta, sola, olvidada, desconocida, preparándome quizás á salir tras de la tropa de que forme parte mi marido, quizás á llevarle su comida á la cárcel, quizás á ir yo misma á la prisión por el delito de querer á México y á mi pobre Miguel.

»Adiós, pues, madre mía; adiós, mamacita: que seas dichosa, que vivas siempre llena de bienes de fortuna y que no maldigas jamás á tu pobre hija

EUGENIA JECKER Y UBIARCO.»

En pliego aparte venía una carta del licenciado Caballero de los Olivos.

«Muy querida señora: le escribo lleno de aflicción, porque á pesar de todo mi conato y mi buena voluntad, se realizó lo que temía; Lorenza está afligidísima y dice que no va á tener cara con que ver la de usted.

»Pues, señora, es el caso que Eugenia, que es una perla de oriente que merece por marido á un rey y no al pobre Miguelillo, mi hijo, á quien ella quiere, empezó por los días que usted debe de haber estado en París, á manifestarse triste, pensativa, llorosa y falta de ánimo para todo. Lo atribuimos (cosas de viejos, que desconocen, ó hablando mejor, olvidan las tonterías de los muchachos) á la ausencia de usted; por eso dispusimos sacar á la criatura, darle aire, distraerla y proporcionarle satisfacciones. Miguel y ella se encerraban en la sala de la casa á leer una porción de novelas y versos, que el muchacho compraba en las Cadenas. *Graziela, Rafael, René, el Abencerraje* y mucho Jorge Sand, y mucho Zorrilla, y mucho Calderón hacían el gasto: nosotros nos exta-



siábamos oyendo declamar á los chicos y nos divertíamos con su inocencia, que les llevaba hasta llorar con cualquier pasaje tierno de sus librotos.

»Mi mujer, que es más lista que yo, me dijo notaba que tenía razón el viejo rumorcillo de que los muchachos se entendían, y yo, que estaba segurísimo de que no habría tal cosa, con el fin de confundir á Lorenza me puse á espiarles. Pronto me convencí de que eran fundadas las sospechas de mi cónyuge, y queriendo poner coto al mal, determiné que Eugenia entrara al convento de Santa Brígida, provisionalmente y mientras usted disponía de ella. Varias cartas escribí á usted á Veracruz, cartas que quizás no llegaron á su poder, porque fueron en el tiempo en que estaba el puerto casi bloqueado.

»El viernes de Dolores dormía tranquilo, cuando recibí la noticia de que acababa la niña de escaparse del convento: busqué con todo empeño á los prófugos y no tardé en saber que Eugenia estaba depositada en la casa de la viuda de Ramos, señora respetabilísima, que había ocurrido á recibir á la muchacha desde que salió de la clausura. Como es natural, las madres se rehusaron á aceptar de nuevo á Eugenia, y depositada continúa hasta que usted mande su anuencia para el enlace, que Miguel dice ha de ser pronto.

»Mi mujer presenta á usted sus excusas; yo le envío

mis expresiones de sincera condolencia, repitiéndome de usted adicto y S. S.

G. CABALLERO DE LOS OLIVOS.»

¡Qué vergüenza y qué dolor! Mi hija, mi niña adorada, prófuga, aventurando y en poder de un hombre. Queriendo descargarse de la culpa en que ha incurrido, me atribuye que no la traté como hubiera debido. ¡Pero si era tan niña y manifestaba entender tan poco de cosas del mundo! y luego, que todos mis pasos y mis viajes, mis idas y vueltas, mis agencias y diligencias no tenían más objeto que la felicidad de mi nena, sin excluir, naturalmente, la mía.

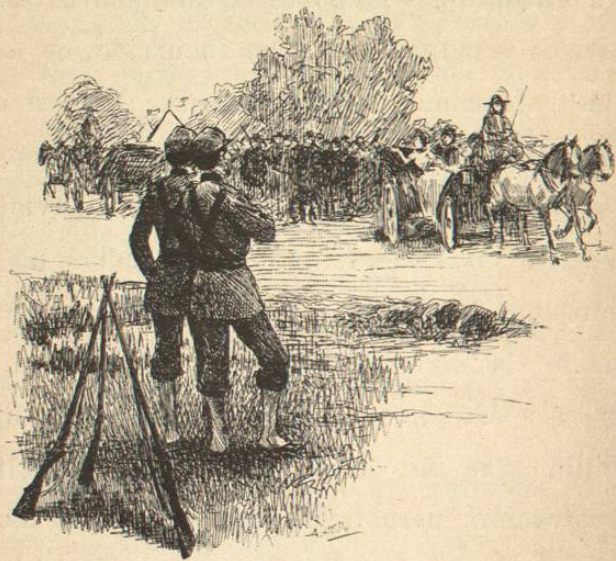
Quizá sea cierto que soy un poco *licurga*, un poco marisabidilla, que me ocupo demasiado en política y en administración; pero la verdad es que no me siento capaz de volverme una infeliz ama de casa, sin amar á nadie, sin gusto por nada, y sin aliciente en la vida.

Pero todo eso se puede remediar, yendo á México y evitando el descabellado matrimonio, que no pasa de una chiquillada sin fundamento. Mañana mismo saldré á desbaratar ese disparate posible.

*Más tarde.* Este diario concluye tan tristemente como empezó. Hoy se hicieron los preparativos para la salida de la condesa, y yo me propuse acompañarla hasta el



Fortín. Era el Viernes Santo; los soldados franceses, sabiendo que se quedaban más acá de las barrancas que habían convenido en repasar, caso de ruptura de las negociaciones (para lo cual alegaron los comisarios y el general no sé qué subterfugio de enfermos y hospi-



tales que todos sabían era falso) se manifestaban asustados y temerosos. Este inmenso país, este clima desconocido, esta aventura dudosa, la ruptura de los tratados, la majestad del día, todo era parte para que los ánimos se sintieran aplanados y entristecidos.

Pasamos por enmedio del campamento francés, y no tardamos en oír voces subversivas, gritos, insultos:

— ¡Muera Prim!

— ¡Españoles cobardes!

— ¡Allí van los que nos han dejado á perecer sin atreverse á combatir!

Paquita y yo dimos una interpretación diferente á aquellas palabras, á fin de que no se enterara Miláns del Bosch, que no entendía el francés y que habría sido capaz de cualquier imprudencia. Prim, que oyó perfectamente los insultos, se puso pálido, se mordió el bigote, y dijo á media voz:

— ¡Ya me las pagaréis!...

Me despedía de mi amiga, que partió acompañada de su marido y del brigadier, y todavía escuché las últimas recomendaciones que me hacía la buena condesa:

— Que pronto me escribas avisándome el fin de lo de la niña.

Algo más me dijo, pero nada oí porque en ese momento sonaron muchos tiros del lado acá de la fortificación mexicana, y los coches partieron al galope en encontradas direcciones.

